

Dignidad, Solidaridad y Amistad: un abordaje sobre la dimensión emocional en la práctica política de las mujeres de un agrupamiento de desocupados de la Ciudad de Buenos Aires.

Miranda González Martín.

Cita:

Miranda González Martín (2008). *Dignidad, Solidaridad y Amistad: un abordaje sobre la dimensión emocional en la práctica política de las mujeres de un agrupamiento de desocupados de la Ciudad de Buenos Aires. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, Posadas.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-080/302>



Mesa de trabajo N° 14 - Estado y Movimientos Sociales en perspectiva etnográfica.

Miranda González Martín *

Dignidad, Solidaridad y Amistad: un abordaje sobre la dimensión emocional en la práctica política de las mujeres de un agrupamiento de desocupados de la Ciudad de Buenos Aires.

En nuestro país el fuerte desarrollo de los movimientos de desocupados desde finales de los 90' implicó una reflexión sobre los móviles y los significados implicados en la organización social y política de los sectores populares. Desde algunas perspectivas se ha reducido esta participación a formas de obtención de recursos materiales, presentándola como una mera relación costo beneficio, perdiendo de vista todas las otras motivaciones y experiencias asociadas a una militancia política y/o social.

En este marco, el objetivo de esta presentación es indagar sobre los significados, expectativas y trayectorias que presentan las personas relacionadas a un movimiento de desocupados nacional, en un barrio de comunidad boliviana, Charrua, situado en la ciudad de Buenos Aires. Para ello me propongo abordar las reuniones y actividades relacionadas a un grupo de mujeres, "caminando juntas", formado por algunas mujeres que participan de dicho movimiento, pero al que acuden también otras mujeres que no están vinculadas a éste.

Desde un enfoque etnográfico, y a partir de las categorías de construcción social, género y experiencia reconstruiré algunas de las discusiones y reflexiones compartidas en estas reuniones, como así también las prácticas y circuitos de acercamiento de nuevas mujeres. Me propongo, así, recuperar la dimensión emocional imbricada en las formas de agruparse y organizarse de estas mujeres, así como las resignificaciones de la vida cotidiana que estas mismas prácticas implican, para discutir con los enfoques primeramente expuestos.

ANTROPOLOGÍA POLÍTICA- EXPERIENCIA- EMOCIONES- VIDA COTIDIANA

Introducción

Me acerque por primera vez a barrio Charrua, y al local del Teresa Vive¹ (de aquí en más TV), a mediados de 2006, con la intención de desarrollar una investigación para mi tesis doctoral. Anteriormente había trabajado con personas de este mismo agrupamiento, pero en el barrio de Barracas.

El Barrio Gral. San Martín (Ex villa 12), más conocido como Barrio Charrua, esta ubicado en la zona Sur de la Capital Federal, en el barrio de Nueva Pompeya, lindando con V. Soldati y

* Lic. en Cs. Antropológicas. Becaria Doctoral CONICET. Doctoranda FFyL, UBA. Dirección: Dra. Mabel Grimberg. Miembro del Equipo de Antropología y Salud y del Proyecto UBACyT FI041, FFyL, UBA.

¹ Este agrupamiento es parte de un movimiento nacional de desocupados: el Teresa Vive –MST. Fundado en el año 2002 por un partido Nacional de corriente trotskista, el MST. Este movimiento funciona a través de asambleas por barrio, y esta fuertemente estructurado en torno a la obtención de planes jefe y jefa de hogar, familia, autoempleo, el "plan de seguridad alimentaria", y en menor medida en torno a otros subsidios como los proyectos productivos, micro-emprendimientos, etc.

Bajo Flores². La población está conformada en su mayoría por inmigrantes, e hijos/as de inmigrantes bolivianos. Comenzó a ser habitado por inmigrantes bolivianos desde mediados de los 50', esos primeros años se caracterizan por incendios que destrozaron las precarias viviendas, e intentos de desalojos. Durante el gobierno de Illia estos residentes, organizados, consiguen un subsidio para encarar un proyecto de auto-construcción de viviendas, que es frenado durante la dictadura de Onganía. En el período de dictaduras los habitantes recuperan esta experiencia organizativa, ahora para resistir los intentos de desalojo. Con la "vuelta de la democracia" eligen delegados y conforman una asociación civil que se llamará "Asociación Vecinal de Fomento Gral. San Martín". Durante los 90' las tierras sobre las cuales estos residentes habían levantado sus viviendas, fueron adjudicadas formalmente. Actualmente el Barrio se caracteriza por un notable hacinamiento en los hogares, producto del fuerte aumento de la densidad poblacional en la zona. En los últimos años la Asociación Vecinal de Fomento cuenta con una participación cada vez más escasa, la cual puede estar relacionado al hecho de que sólo pueden votar en sus asambleas los propietarios, que representan una proporción cada vez menos significativa de los residentes en ese barrio³.

Hasta el año 2003, aunque algunos habitantes del barrio se encontraran relacionados a movimientos de desocupados en barrios colindantes como V. Soldati, Pompeya o Bajo Flores, el Barrio Charrua no contaba con locales pertenecientes a éstos. En ese año el TV⁴ abre su local en el barrio, de la mano de sus dos actuales referentes, Ángel y Julián⁵. Actualmente sigue siendo el único local de un movimiento de desocupados en Charrua. Son aproximadamente 50 las personas que se organizan en torno al movimiento, 20 de las cuales cobran un "plan"⁶. Además de funcionar un merendero, las asambleas, las reuniones políticas y charlas, todos los sábados se desarrollan actividades de apoyo escolar y recreación a cargo de un grupo de estudiantes universitarias del MST, y, desde febrero de este año, las reuniones de un grupo de mujeres, "Caminando Juntas". De estas reuniones participan algunas mujeres del TV, las estudiantes universitarias que brindan apoyo escolar, y otras mujeres que fueron invitando las participantes, y que no necesariamente se involucran en otras actividades del TV.

Estas reuniones, este espacio de mujeres, se construyó desde una multiplicidad de sentidos, los sentidos de las diferentes mujeres del TV que participan, los referentes que proyectan

² Aunque no existen datos oficiales actuales, se estima que la población de este barrio ronda las 2500 personas. Según un censo realizado por la Asociación Vecinal de Fomento en 1990, se estimaba que en Barrio Charrua habitan aproximadamente 400 familias, distribuidas en 305 viviendas. La población total estimada era superior a dos mil trescientas (2.300) personas.

³ Barrio Charrua presenta una proporción cada vez mayor de inquilinos. Si bien existen títulos de propiedad para la mayoría de las viviendas, es usual la práctica de contratos de alquiler "informales" que permiten a inmigrantes sin documentación Argentina y personas que carecen de garantía propietaria acceder a una vivienda (práctica muy común en asentamientos precarios). Muchos antiguos propietarios que han podido ascender económicamente han comprado o alquilan viviendas en otros barrios, sacando un mayor provecho económico del alquiler de "piezas" en sus propiedades de Charrua.

⁴ Los nombres de las personas del a las que me refiero a lo largo de este trabajo han sido cambiados.

⁵ El hecho de que todos los referentes sean varones resulta llamativo teniendo en cuenta que de las 50 personas que participan del movimiento en el barrio 39 son mujeres. En trabajos anteriores (González Martín, 2006) sobre mujeres del TV de Barracas he desarrollado algunas reflexiones sobre las relaciones de género a nivel del movimiento.

⁶ Por "plan" nos referimos a una diversidad de subsidios para personas de bajos recursos: "Jefas y jefes de hogar desocupados", "Nuestra Familia", "autoempleo", etc. Estos subsidios dependen en primera instancia del Ministerio de Trabajo, pero pueden estar organizados nacional, provincial o municipalmente. A cambio del mismo, el beneficiario debe realizar una contraprestación, que puede variar entre actividades o proyectos comunitarios (dentro de los cuales se encuentran las actividades realizadas en organizaciones sociales y políticas), finalizar algún ciclo educativo formal, etc.

Los primeros de estos subsidios fueron creados por decreto en el año 2002, con índices de desocupación que superaban el 20%, y su monto era de \$150. En el 2008 la mayoría de estos planes rondan los \$200..

expectativas, y las estudiantes universitarias del partido. Pero, más allá de la diversidad de sentidos y expectativas, el espacio emergió como el producto de un proceso de relacionamientos personales, de experiencias compartidas, afinidades. Este proceso de agrupamiento de mujeres a partir de lazos emocionales, choca con el imaginario que reduce la participación de mujeres de sectores populares, en organizaciones sociales y políticas, a una estrategia para la obtención de recursos materiales a través de redes clientelares, o a una extensión mecánica de su rol de “cuidadora”, colocando a las mujeres en un lugar político de pasividad.

Pero, además de reconocer los lazos que se establecen entre estas mujeres, a lo largo de los dos años de “trabajo de campo”, me he visto involucrada en situaciones de las que no logro distanciarme, situaciones que me produjeron profunda indignación, otras que me alegraron, me entusiasmaron, y me movilizaron profundamente. Estos dos años significaron numerosas notas de campo, desgrabación de entrevistas, registros, procesamientos, escritura de artículos, etc. Pero, fundamentalmente, significaron un involucramiento personal con numerosas personas, personas que despertaron en mí las más diversas sensaciones, e inclusive algunas con las cuales el vínculo construido no puede entenderse por fuera del marco del compañerismo, o inclusive la amistad. Como antropóloga busque indagar en la cotidianeidad de estas personas, pero como persona me vi involucrada, no sólo formando parte de su cotidiano, sino también ellas formando parte del mío. Este involucramiento emocional, sentimientos compartidos, complicidades, me resultaron fundamentales para asir determinados sentidos que operan en la práctica cotidiana de las personas del movimiento, sentidos que no alcanzan a reflejarse ni en notas de campo, ni en desgrabaciones de entrevistas. Sentidos, éstos, que no se reducen a la mera psicología individual de los sujetos, sino que dan cuenta de procesos socialmente construidos, anclados en determinadas posiciones y relaciones (Rosaldo, 1984). La emoción, así, no sólo enmarca las prácticas, sino es en sí misma una forma de acción, vinculada a un contexto y una posición determinadas “Las emociones se convierten así en un *saber emocional* que no sólo señala al sujeto la dirección en que es lícito que desarrolle su emotividad, sugiriéndole cómo sentirse, sino que lo vincula a su vez a un entorno social, a una cierta comunidad emotiva.” (Daich, Pita, Sirimarco, 2007: 76-77). Pero además, en un contexto de politización de la vida cotidiana, como el que abordaremos a continuación, también proponemos entender lo emocional tanto como una dimensión desde la cual se articulan y movilizan demandas, como una dimensión maleable, estratégicamente, que permite re-posicionamientos, y la construcción de sentidos a través de la experiencia.

En este trabajo me propongo explorar la dimensión emocional imbricada en las formas de agruparse y organizarse, así como algunas resignificaciones de la vida cotidiana que estas mismas prácticas implican, entre algunas mujeres del TV que participan de un grupo al que llamaron “Caminando Juntas”. En este sentido, discutiendo con los enfoques que ubican actores racionales, que se involucran a través de motivaciones específicas, y con intereses definidos, propongo un enfoque que recupere la experiencia y la emoción, como una manera de dar, y producir sentidos diversos, como dimensiones presentes en los relacionamientos, acercamientos, y formas de agruparse de estas mujeres.

Política y emoción: encuentros y desencuentros

En los últimos años, las ciencias sociales expresan un creciente interés por las dimensiones corporales, emocionales, y los significados implicados en las prácticas de los sujetos. Interés que se refleja, también, en el campo de los estudios sobre prácticas y procesos “políticos”, proponiendo trabajos novedosos, que quiebran fronteras disciplinares, y discuten con las miradas más “racionalistas”, poniendo en cuestión las mismas oposiciones dualísticas que la

establecen como una dimensión discreta de la vida humana. Así, estos enfoques recuperan aportes de diversas tradiciones, recientes y distantes, tensionando inclusive los límites de “lo político”. Pero la dimensión emocional de la política, no siempre estuvo ausente en los análisis académicos.

Las ciencias sociales, y particularmente la antropología, se nutrieron de dos tradiciones de pensamiento, la ilustración y el romanticismo alemán. La antropología estuvo largamente hegemonizada por la primera, pero encontramos también influencias de la segunda. Boas, por ejemplo, discute con los preceptos teóricos de la antropología de la época, y propone una abordaje que recupera una noción holística, en la que se destaca el particularismo y el historicismo. Sus discípulos, como Benedict, incorporaron además la noción de la gestalt, que recupera la integralidad de lo humano, poniendo en cuestión determinadas nociones kantianas, relativizando las categorías. En esta línea, y recuperando el pensamiento de un filósofo alemán, Jacobi, que en oposición a Kant propone que la verdad no se demuestra, sino que se siente, encontramos también a Levy-Bruhl, y sus reflexiones sobre la mentalidad primitiva, y el consecuente cuestionamiento de la separación entre sentimiento y conocimiento (Jimeno Santoyo, 2004). Sin embargo, más allá de estas excepciones, la antropología, y el resto de las ciencias sociales, continuaron hegemonizadas por la tradición “ilustrada”, cuyas bases no son otras que los pares de oposiciones kantianas que siguen dominando la ciencia, e influenciando el sentido común.

Así, durante gran parte del siglo XX el estudio de las formas políticas que se dan las sociedades estuvo (de)limitado entre las disciplinas sociales. Las formas enmarcadas en el Estado moderno eran estudiadas por las ciencias políticas y la sociología, mientras que las formas que se daban los pueblos sin Estado eran abordadas por la antropología. Esta división respondía al supuesto de que en las sociedades occidentales modernas la presencia del Estado establece una esfera política relativamente autónoma, mientras que en los pueblos sin desarrollo estatal lo político impregnaría todas las dimensiones de lo social.

Por su parte, la ciencia política y la sociología, abocadas al análisis de las formas políticas institucionalizadas, establecían nuevas divisiones en el mismo seno de las “sociedades complejas”. Este abordaje separaba las prácticas políticas dentro de los marcos institucionales, de las acciones de movilización y protesta que se gestaban por fuera de estos (y muchas veces en oposición), asociando éstas a cuestiones emocionales que motivaban un comportamiento que “espontáneo”, “irracional”, etc. En este sentido, los marginales, cercanos o distantes, colonia o sectores populares, se catalogan como esos “otros” para los que se precisaban marcos teóricos y herramientas analíticas distintas.

Sin embargo, en las décadas de los 60 y 70, caracterizadas por la emancipación de las colonias, como por fuertes movilizaciones sociales a nivel global, y la consecuente apertura de las academias a vastos sectores de la población (incluyendo participantes de esos mismos procesos), se pone en cuestión estas separaciones sobre las cuales se fundamentaban los análisis académicos de “lo político”. Los nuevos investigadores en Sociología y Ciencia Política dieron una batalla por incluir las formas de organización y movilización de los sectores populares en su jurisdicción, discutiendo con la tradición que los abordaba como exaltaciones de irracionalidad, y proponiendo centrarse en las tácticas y estrategias de los mismos (Goodwin, Jasper, Polleta, 2001).

Así, en Estados Unidos emerge una nueva perspectiva de la que surgirá la llamada “teoría de la movilización de recursos”. Esta corriente, en parte influenciada por la teoría de la elección racional de Olson (1965), supera la idea de una masa irracional enfervorizada por el “actor racional” (individual o colectivo), para enfocarse en los aspectos estratégicos de los movimientos sociales. Sin embargo crítica la teoría de la elección racional en lo que respecta a

intereses individuales, centrándose en la creación de una organización para movilizar en defensa de una causa, y la eficacia con la que se utilizan los recursos disponibles. Dentro de esta misma tradición surge posteriormente otra línea, con Charles Tilly como uno de sus mayores exponentes, que reemplaza el enfoque más estático por un análisis procesual e histórico (Fernández Álvarez, 2006).

Desde Europa surgía a su vez otra tradición, que dará lugar a la teoría de los nuevos movimientos sociales. Las líneas teóricas europeas estaban más influenciadas por el análisis estructural de clase, pero al calor de la efervescencia y diversidad en las luchas y los actores se incrementa también el interés por la identidad. Encontramos en esta tradición a quienes como Touraine proponen reservar el término de movimiento social para «conflictos verdaderamente centrales, aquellos que ponen en cuestión el control social de la historicidad, de los modelos para la elaboración de las relaciones entre una sociedad y sus contornos» (Touraine, 1995). Mientras que otros, como Cohen y Melucci, reconocen una pluralidad de conflictos y por lo tanto, una pluralidad de movimientos sociales dentro de una sociedad. Estos autores discuten en parte con la teoría de la elección racional de Olson, pero también con los enfoques marxistas estructurales, que al explicar la acción colectiva únicamente enfocada hacia el movimiento obrero, no podían dar cuenta de la diversidad de actores e intereses en torno a los cuales se articulaban nuevas identidades (Fernández Álvarez, 2006).

Durante varias de las tradiciones norteamericanas y europeas permanecieron casi sin contacto entre ellas, sin embargo desde finales de los 80 comienzan a darse iniciativas de intercambio como eventos, libros, etc. (McAdam, McCarthy y Zald, 1996). Estos intercambios comenzaron a mostrar algunas de las falencias de una y otra tradición, proponiendo síntesis analíticas que incorporan un enfoque constructivista, incluyendo la estructura de oportunidades políticas, las formas de organización, y los procesos colectivos de “enmarcamiento” (Fernández Álvarez, 2006).

Estas tradiciones superaron aquellos aspectos especialmente peyorativos que asociaban las prácticas políticas populares a elementos de “irracionalidad”, pero la misma intención de separar estas prácticas de comportamientos “primitivos” los llevó a centrarse casi únicamente en las dimensiones supuestamente racionales, los fines y los como de las prácticas políticas desde la perspectiva de la organización como un todo, perdiendo de vista a las mismas personas que les daban vida. La eliminación de la “emoción”, en estos enfoques, no fue una omisión, sino una decisión política, lo cual hace su incorporación a los mismos, algo realmente difícil (Calhoun, 2001). Ambos enfoques, desde paradigmas diferentes, se enfocan en el involucramiento de las personas y el origen de la acción colectiva (Fernández Álvarez, 2006). Mientras que la cotidianeidad de las personas que participaban de estas organizaciones, sus emociones y la diversidad de significados, fue quedando relegado (Collins, 2001).

Los trabajos contemporáneos sobre política, recuperan valiosos aportes de estas tradiciones, sin embargo, estos se articulan con otras perspectivas abiertas desde los 70', como el interpretativismo, los estudios de género, y las formas cotidianas del poder. Esta nueva mirada aparece influenciada por una lectura de la categoría gramsciana de “hegemonía”, y por la perspectiva del “biopoder” de Foucault (Fernández Álvarez, 2006). Así, en la antropología, se produce un corte cada vez más fuerte con la tradición funcionalista de la antropología política, proponiendo enfoques antropológicos en problemáticas que antes quedaban restringidas al campo de la Sociología. Pero esta antropología buscaba no encerrar la política en formas institucionalizadas, sino que la abordará como una dimensión de la vida cotidiana. Científicos sociales nativos, dispuestos a producir versiones etnográficas propias, que en muchos casos problematizaron la relación entre colonizadores y colonizados, no sólo para dar

cuenta de las relaciones de dominación y desigualdad, sino también para analizar estos contextos como productores de situaciones de poder, culturas y significados (Pires Do Rio Caldeiro, 1989; Vincent, 2002). Perspectivas que, orientadas hacia las interdependencias entre occidente y las sociedades tradicionales, priorizaron enfoques históricos y procesuales sobre los estudios sincrónicos (Comaroff & Comaroff 1991). Se aborda la “producción” de una separación artificial entre “política” y “vida cotidiana”, las formas en que las redes de poder se tejen, el poder en acto, en ejercicio (Abeles, 1997). Pero también se ha avanzado en “politizar” otras dimensiones de la vida humana, como el parentesco (Yanagisako y Collier, 1994), la articulación entre las construcciones de género y la desigualdad (Crompton, 1993) y a formas de dominación / subordinación (Lamas, 1996). Otros autores también cuestionan la existencia de esferas separadas al analizar la forma en que rituales tradicionales son actualizados y resignificados localmente durante procesos de resistencia (Nash, 1989), los cambios en las tradiciones tribales al calor de procesos bélicos nacionales (Hutchinson, 1996) etc.

En América Latina esta perspectiva ha sido particularmente enriquecedora, ya que permite articular procesos de desigualdad y politización, recuperando las formas de movilización y acción de los sectores populares más allá de las estructuras políticas formales, y recuperando estos procesos en el continuo de la vida cotidiana (Fernández Álvarez, 2006). Asimismo, aparece en estos enfoques un creciente interés por las emociones y la corporalidad, no sólo como sustento somático de las prácticas políticas (lo cual re-actualiza las dicotomías kantianas), sino como una dimensión más de la práctica y significación de los sujetos. Estas propuestas buscan discutir con los enfoques que naturalizan, o dan por sentadas las emociones, para abordarlas como construcciones culturales, procesos de significación social, o construcciones discursivas.

En la compilación “Passionate Politics” (Goodwin, Jasper, Pollera, 2001) se señala que la contribución realizada por los enfoques culturales de “marcos” e “identidad” a la dimensión emocional, no ha sido directamente su incorporación, pero si una mayor receptividad hacia ella, ya que la utilización de estas categorías supone necesariamente la apreciación de los sentimientos, creencias, etc., de los sujetos. En este libro, desde diferentes perspectivas y tradiciones, se ensayan múltiples maneras de relacionar esta dimensión con la política. Pero también debemos atender a otros autores que han iluminado estos enfoques, desde la antropología, la filosofía, etc. En los 80’, discutiendo con determinados enfoques del interaccionismo simbólico, Rosaldo (1984) llama la atención sobre las emociones y la cotidianidad, como dimensiones cargadas de fuerza cultural, dimensiones que pueden iluminar y otorgar sentido a las instancias más institucionalizadas, como los “rituales” (Jimeno Santoyo, 2004). Otros enfoques, recuperan la noción derridiana de “performatividad”, para romper por completo no sólo con la noción de la emoción como una dimensión universal, sino también como “emanación” cultural. Butler (1993) entiende la performatividad como una “práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra”, las emociones, la identidad, etc., se encuentran discursivamente construidas en estos ritos. Otros autores (Reddy, 1999; Lutz, 1988) discuten con este enfoque por considerarlo tan totalizador como en enfoque de la construcción cultural. Cultura es reemplazada por discurso, generando un concepto global y absoluto, que no logra dar cuenta del poder, la historia y la acción involucradas en la acción. Por ello, estos autores proponen una recuperación crítica del abordaje cultural de las emociones, retomando su dimensión política, en un contexto que dicotomiza, y jerarquiza, racionalidad y emotividad (Jimeno Santoyo, 2004).

En un sentido podríamos sostener que ya desde la escuela de “cultura y personalidad” las emociones, la afectividad, la corporalidad, son todas dimensiones que aparecen incorporadas a la noción de cultura, sin embargo, esta inclusión en una categoría tan basta, resulta poco fértil

a la hora de avanzar sobre las particularidades que puede tener el atender a las emociones como dimensión significativa para las ciencias sociales, y que es en parte el trabajo que se proponen los autores anteriormente citados. Pero aún superando los problemas del abordaje culturalista, existen otros difíciles desafíos. Como pasa con otras nuevas áreas de interés de las últimas décadas, como pueden ser el género, o la corporalidad, Calhoun (2001) señala que con frecuencia estas se establecen como campos separados en las disciplinas, más que como perspectivas a incorporar en todos los campos de estudio, lo cual termina implicando que, en abordajes políticos, la emoción aparece desde un enfoque instrumental, dirigentes de movimientos lidiando con emociones para el “reclutamiento”, o como un factor subsidiario, suplementario, en los marcos explicativos. El desafío es múltiple, sin duda no se trata de hacer virar los estudios sobre procesos políticos a estudios sobre las emociones, sino más bien, explorar en que medida, y de que manera, estas pueden enriquecer las perspectivas hoy existentes. Y simultáneamente, en que medida estas nuevas reflexiones plantean críticas a los marcos teóricos en uso. Perspectivas como la corporalidad y el género han demostrado ser valiosas herramientas en este sentido, la emotividad también puede serlo. Para esto es necesario, por un lado, indagar libremente, pero en simultáneo, no perder como objetivo el avance hacia categorías teóricas y analíticas que permitan establecer con claridad que definimos en que contextos como “emoción”, de que manera lo abordaremos, y que relación mantiene con el resto de las categorías de análisis.

Acercamientos al TV y a “Caminando Juntas”: amistad, parentesco y solidaridad

Desde los marcos más racionalistas el involucramiento de los individuos en alguna forma de organización responde a una ecuación entre costos beneficios de esta acción. En los últimos años el abordaje cultural ha comenzado a reemplazar en algunos casos, actualizar en otros, al de la “movilización de recursos”, proponiendo “relajar” las asunciones racionalistas de la motivación individual, a través de categorías tales como los “marcos” (como forma de dar cuenta de los procesos culturales del contexto); la “identidad colectiva”; “solidaridad de grupo”, etc. (Goodwin, Jasper, Pollera, 2001). Estas categorías, que en principio involucran sentimientos de las personas involucradas, son, sin embargo, únicamente trabajados desde sus aspectos cognitivos. Esto se debe, en parte, a que uno de los factores en el que quizás las emociones involucradas resulten más visibles, la “motivación”, es dada como un hecho, por los enfoques estructurales. En este sentido, si asumimos como objetiva la necesidad, deseo, o voluntad de participación de ciertos sectores poblacionales, para dar cuenta de su efectivización, sólo nos resta apelar a la estructura de oportunidades, o la capacidad colectiva de actuar sobre ellas (Goodwin, Jasper, Pollera, 2001). Estos enfoques, por un lado no abordan las emociones implícitas en los acercamientos de nuevas personas a las organizaciones, pero además, con categorías que aluden a “lo cultural”, homogeneizan la diversidad de significados que este acercamiento implica en las diferentes personas.

En lo que se refiere a organizaciones de sectores populares, estas tendencias se repiten con fuerza. De un lado encontramos enfoques que la explican como un medio para la obtención de recursos, del otro, más recientemente, como un resultado casi “natural” de un conjunto poblacional en condiciones materiales y sociales semejantes, que ante una posibilidad, accionan colectivamente. Sin embargo, mi experiencia en el campo, me permite discutir con estos enfoques. No para negar los recursos disponibles como un significado involucrado en el acercamiento, tampoco para negar las condiciones materiales semejantes que caracterizan a la mayoría de los que participan en estos agrupamientos, y menos aún para desestimar la estructura de oportunidades que se presentan. Sino, más bien, para señalar que esto no es

suficiente para dar cuenta de las razones por las cuales algunas personas en las mismas condiciones no se involucran en agrupamientos de este tipo, y por que, los que si lo hacen, eligen unos y no otros, se trasladan, etc. Incorporar la dimensión de las emociones y los lazos afectivos puede colaborar a poner en cuestión algunas de estas asunciones.

Las mujeres que participan en las reuniones de Caminando juntas se han acercado a través de diferentes circuitos, y este acercamiento fue significado de diversas maneras. Las mentoras y organizadoras de este espacio fueron, en mayor medida, Alvina y Celina, Celestina y las jóvenes estudiantes, pero también el resto de las mujeres que acudían los sábados al local. Por lo mismo, todas estas mujeres tenían ya algún tipo de relación previa con el TV. Pero, de aquí en más, a caminando juntas comenzaran a acercarse mujeres que no sólo no tenían relación previa con el TV, sino que, en algunos casos, se establece una relación con el agrupamiento a partir de la participación en estas reuniones de mujeres.

Desde la primera reunión apareció la necesidad o la voluntad (según el caso) de acercar nuevas mujeres a las reuniones, y en varias reuniones se discutieron las “formas” de este acercamiento, comparando las invitaciones de una y otra, las personas invitadas, etc., y recomendando “métodos efectivos”. Los sentidos de estos acercamientos no son unívocos, Celestina, por ejemplo, en una ocasión presento su voluntad de acercar mujeres como una forma de sumar fuerzas y experiencias, en otra ocasión como un espacio potencialmente provechoso para ellas, y en una tercer ocasión como una manera atractiva de acercar mujeres al TV. Estos sentidos, en mayor o menos medida, estuvieron presentes en muchas de las participantes, sin duda, debeos entenderlos como sentidos superpuestos, no contrapuestos, diversas dimensiones en las cuales una práctica, y una forma de organización peden estar operando.

Para desplegar estos sentidos es pertinente articularlos con las trayectorias de estas mujeres en el TV y caminando juntas. Alvina es una mujer de 32 años, oriunda de santa cruz, Bolivia, de donde se vino antes de cumplir los 18 años de edad. Hoy es madre de tres nenas, Johanna, Antonella y Noelia de 13, 8 y 6 años, y de un niño, Julián, de cuatro. Sus cuatro hijos son de diferentes padres, pero sólo con el padre de Julián, su actual marido, formó una pareja conviviente. Alvina, su marido, y sus cuatro hijos viven en una pieza en Charrua. Sus dos hijas mayores asisten a la escuela del barrio, y su marido trabaja en el taller de uno de los vecinos. Dos veces a la semana Alvina trabaja limpiando en una casa de familia. Su acercamiento al local del TV no estuvo ligado al interés por un plan, y ni siquiera partió de una iniciativa personal. El marido de Alvina se enteró de que allí se brindaba apoyo escolar, y la incentivó para que llevara a sus hijas, que tenían dificultades en la escuela. Alvina comenzó a llevar a sus hijas, con el tiempo fue desarrollando una relación de afinidad con las jóvenes que brindan el apoyo, y con las otras mujeres que hacían la merienda para los niños. En vez de irse a su hogar, Alvina comenzó a permanecer en el local, conversando, enterándose de las actividades del agrupamiento, discutiendo política, y desarrollando una fuerte amistad con otra de las mujeres del movimiento, Celina.

En un principio Alvina explicaba su presencia en el local por la “buena influencia” que las jóvenes universitarias implicaban para sus hijas, *“a mi me gusta que mis hijas vengan, porque las ven a ustedes, y así saben que se puede ser algo en la vida, tener conocimientos, algo mas que casarse y tener hijos...que ojo, hay que hacerlo también... quiero que mis hijas puedan elegir, por eso me gusta que venir acá, que vean que se puede ser diferente”*.

Pero con el tiempo a este sentido se le sumaron otros, la amistad con estas jóvenes y las otras mujeres, pero también con los referentes. Y el esparcimiento implicado en tener unas horas “libre” para charlar con ellas. *“...Toda la semana espero que llegue el sábado, encontrarlas, que mis hijas disfruten jugando con otros chicos, estudiando, y yo las encuentro a ustedes, y*

puedo charlar, contarles así, como amigas, no? Con confianza, sin mucho problema por equivocarme, o no saber muy bien, así, como expresarme... ”.

Luego fue surgiendo el interés por las propuestas “políticas” del agrupamiento, la experiencia novedosa de participar en movilizaciones, y finalmente la propuesta de generar reuniones de mujeres para discutir sus situaciones, pensar colectivamente, y elaborar iniciativas para ellas, sus hijos, y el barrio. *“mi vida cambio con el partido, en las marchas voy, y canto bien fuerte, para que me escuche la Cristina, bien fuerte, y siento en el cuerpo esa emoción que me recorre todita. Me gusta, antes solo era estar con los chicos, hacer las cosas de la casa, y estaba mucho sola, ahora tengo algo que hacer! Siento que soy útil acá ... ”.*

En los últimos meses Alvina ha acercado al local a varias mujeres, vecinas, “mamá” de la escuela de sus hijas, y a una amiga, algunas sólo han ido una vez, otras más o menos sistemáticamente lo siguen haciendo. Mari, vecina de Alvina, es una de las que más se involucró. Desde hace dos meses y medio todos los sábados participa de las reuniones de Caminando Juntas, pero también comenzó a frecuentar las asambleas de los viernes, y algunas movilizaciones. Uno de los procesos en los que más se involucró Mari es el conflicto en torno al CESAC de Charrua, que desarrollaremos más adelante. Ella tiene 23 años, un hijo de tres, y espera otro varón para septiembre. Hace tres meses se mudo, junto su hijo y su marido, a la habitación al lado de la de Alvina, reemplazando así a otra familia con la que esta última venía teniendo conflictos por la limpieza del único baño compartido por cuatro familias. Desde ese momento ambas mujeres comparten mucho tiempo, y han desarrollado una amistad. El embarazo de Mari hizo que ella fuese calurosamente recibida entre las mujeres del TV. Todas las mayores de 20 años ya han tenido hijos, y la maternidad se vuelve un espacio de vinculaciones, consejos, recuerdos, etc. Para Alvina, el embarazo también fue una de las razones para acercar a la joven al movimiento y a las reuniones de los sábados. Mari llegó de Bolivia hace menos de un año, y aún no tiene muchas relaciones en el barrio, Alvina me comentó que la invitó a acercarse para que pudiera charlar con otras mujeres, porque pasaba mucho tiempo sola en su casa. Pero además, participar de actividades del movimiento podía significar acceder a algún recurso, que en el estado económico de la familia de Mari, podía ser muy necesario, y que a ella nunca nadie le había dicho como acceder. Así, para Alvina, acercar a Mari tiene más que ver con un sentimiento de empatía, y solidaridad, lazos que se construyen entre personas que comparten experiencias, pero por sobre todo afinidad emocional. Cuando Alvina invito nuevas mujeres, siempre las presento a cada una de las personas presentes, las acompaño y charlo con ellas en cada momento, dice ella, para que se sintieran cómodas. En varias ocasiones la he escuchado, entusiasmada, mencionar sus primeras impresiones sobre el movimiento las personas, como esta fue cambiando... Cuando Alvina habla del TV, y sobre todo cuando habla de las actividades de los sábados, lo hace con orgullo, y excitación.

Celina tiene 38 años, nació y vivió su juventud en La Paz, Bolivia, pero vivió en diferentes ciudades bolivianas antes de venirse a la Argentina, sola, a los 34 años. Hace dos años volvió a Bolivia y trajo consigo a sus hijos, Juan, de 18 años, y Carla y Roció, de 15 y 9 respectivamente. Como en el caso de Alvina, sus hijos también son de diferentes padres, pero convivió con todos ellos. Actualmente vive con sus hijos en una habitación que alquila en la villa 1-11-14, justo frente a barrio Charrua. Desde que llegó a la Argentina siempre ha trabajado en costura, en su hogar o en talleres clandestinos. Actualmente tiene trabajo en una fábrica de ropa interior. El acercamiento de Celina estuvo marcado por la posibilidad de un

“plan”, sin embargo hoy, dos años después, Celina sigue sin tenerlo⁷, no obstante, participa de todas las movilizaciones fuera de horario laboral, colabora con el merendero los sábados, y fue una de las iniciadoras del grupo de mujeres. La principal actividad de Celina en el local es hacer la merienda para los niños los días sábados. Aprovechando la instancia de apoyo escolar y juegos, lleva a la menor de sus hijas con ella. Pero Carla, su hija mayor, también la acompaña frecuentemente. Carla tiene 15 años, dice que estudiará letras, y ayuda en el apoyo escolar a las estudiantes universitarias. El año pasado viajó con ellas al Encuentro Nacional de Mujeres, lo cual implicó que durante varios meses pasara sus fines de semana bordando en su casa, para juntar la plata. Carla no tiene muchas amigas en la escuela, me lo comentó en alguna ocasión, dice tener intereses diferentes, se aburre. Carla ha tejido una relación muy estrecha con dos de las jóvenes universitarias, pero también con una chica menos, Johanna, de 13 años, hija de Alvina, quien también frecuenta el local cada sábado. En el caso de Carla ella participa sólo de algunas movilizaciones, que por lo general son las que se relacionan con conflictos zonales, o con conmemoraciones como el 24 de marzo, el 26 de junio, etc. Con Johanna se da algo similar. Ellas dos han participado en algunas ocasiones de las reuniones de mujeres, pero a veces prefieren quedarse afuera, charlando juntas.

A principios de año Carla ya no iba al local los sábados, luego me enteré de que se debía a que se quedaba bordando en la casa, para colaborar con la economía familiar. Los referentes del local, junto a las estudiantes, discutieron la importancia de la participación de Carla, como joven de la zona, por la ayuda que prestaba, pero también por su “calidad humana” y resolvieron entregarle “cajas⁸” para que pudiera seguir participando.

Además de acercarse a su hija Carla, Celina acercó a otras tres mujeres a las reuniones de los sábados. Una de ellas una señora de 65 años, boliviana, que vive en el país hace 15 años, y que se interesó en el grupo de mujeres a partir de los comentarios que le hizo Celina. Las otras dos son vecinas, de 22 y 23 años, Rosario y Marisa, ambas con hijos, que residen hace muy poco en el país. Celina no les comentó mucho acerca de las reuniones de mujeres, sino que más bien las acercó proponiéndoles que trajeran a sus hijos a merendar y jugar en el local. Pero el primer día que las trajo, comentó por lo bajo que sus maridos no las dejaban salir solas, ni para trabajar. Con el tiempo ellas se fueron interesando en las reuniones, siguen sin hablar demasiado, pero se ríen, y luego Celina comenta que Rosario o Marisa le hicieron tal o cual observación. El interés de Celina está puesto en que estas mujeres encuentren un espacio más amplio de interacción, y puedan tomar decisiones propias. Celestina, por su parte, también considera que este contacto puede ser beneficioso para estas jóvenes, y comentó que antes de venirse a la Aretina ella nunca había trabajado, y la relación que mantenía con su marido era de mucha subordinación. Aquí, una vez más, se expresan sentimientos de solidaridad, respecto a otras mujeres.

Cuando también Celina comenzó a ausentarse comencé a indagar. Le pregunté a Ángel, uno de los referentes, en distintas ocasiones, pero al principio me contestaba un simple “no se”, y

⁷ Actualmente, dentro de la jurisdicción de la Ciudad de Buenos Aires, comienzan a aceptarse en algunos casos solicitudes de subsidios (ver nota 6) para personas con residencias precarias, pero su adjudicación continúa siendo altamente conflictiva.

⁸ “Caja” refiere a cajas que entrega el gobierno de la ciudad de Buenos Aires, en el marco del Programa Nacional de emergencia alimentaria. Estas cajas son distribuidas a través de centros vecinales, comedores, CGPs, y organizaciones sociales y políticas, que tengan un padrón de beneficiarios. Entre las organizaciones sociales y políticas es frecuente que la distribución de cajas no siga estrictamente el padrón de beneficiarios presentado ante las autoridades, sino que se utiliza como un recurso para nivelar situaciones (entre los que cobran plan y los que no), y en otros casos como un reconocimiento a los que más han contribuido con la organización, se han movilizado, etc. Por lo general esta distribución de cajas es discutida en las asambleas.

con el tiempo me contó que el problema era que, nuevamente, su plan no había salido. Alvina y Celestina, que estaban con nosotros, comenzaron a protestar. *“eso no es tan así”*, dijo Celestina, mientras que Alvina agregó *“no es tanto por el plan, es que se siente mal, creo que esta ofendida”*. Comenzamos a conversar sobre esta “ofensa”, este malestar, y pedí permiso para encender el grabador. Si bien se que Celina afronta necesidades económicas extremas, en ese momento me resonaba en la cabeza algo que me había comentado cuando la entreviste: *“...estar acá (en el local) me despeja, toda la semana en el trabajo, y del trabajo a casa, y sólo veo a mis hijos. Entonces acá tomo un poquito de aire, charlo con ustedes, con las otras mamás, y aprendo mucho. Es decir, aprendemos unas de otras. Cada una con lo suyo, con su poquito de saber esto y aquello...”*. E intuí que el “plan”, en sí mismo, no podía ser motivo suficiente para sus ausencias. Alvina me dijo que Celina creía que se *“habían olvidado de ella”* que el problema no era si cobraba o no el plan, aunque muchas que hacían bastante menos por el movimiento lo cobrarán, sino que *“nadie le explico porque no le toco a ella, algo me comentó, no mucho, pero piensa que nadie se ocupo de seguir lo suyo, y esta triste”*. Celestina agregó que era frecuente que los referentes no explicaran que pasaba con los planes, y quizás esto se podría resolver charlando, *“ella se debe sentir mal, pensando que no les importa la necesidad que ella tiene, y a Celina no le gusta mucho andar pidiendo...a veces nos sentimos mal muchas, porque una se esfuerza, no por el plan, por el movimiento, y es feo no tener un reconocimiento, aunque sea la explicación de que el plan no esta, porque, que se hizo, eso nomás”*.

Ángel no se enojó, no intentó defenderse, sino que pareció convencido por la explicación. *“esa mujer es muy buena, tenemos que hacer que siga viniendo, hace mucho...el plan no sale porque no dio el nombre del movimiento en la entrevista, y ahora, sin DNI, puede pasar mucho tiempo...”*. Comentó que venía charlando el tema, particularmente por los casos de Celina y Alvina, con la dirigente del TV de capital, que estaba al tanto, pero le había explicado estos problemas. Se comprometió a hablar con Celina, pero le pidió a las dos mujeres que hicieran lo mismos, porque a veces el era medio *“bruto para esas cosas”*.

Actualmente Celina se ha reincorporado a las actividades, y también su hija Carla. A su vez, Ángel me comentó que han comenzado a charlar, junto al otro referente, la posibilidad de asignar a Celina y Alvina los 100 pesos de diferencia que hay entre lo que se recauda todos los meses en el local de Charrua, y el precio del alquiler. Por otra parte la dirigente del TV de capital había ofrecido que las personas que no cobran plan y participan activamente de la organización puedan llevarse aceite y otras mercaderías del local de Pompeya. Ángel ya les comentó esta posibilidad, que ambas mujeres apreciaron, pero para él, aún sabiendo que el monto de dinero no resulte muy significativo, puede ser un gesto importante para que ellas entiendan lo valiosas que se las considera.

Celestina tiene 39 años, cuatro hijos, dos de más de 20 años, que tuvo en Bolivia, y otros dos que aún no llegan a la adolescencia, que tuvo en la Argentina. Si bien Celestina sigue casada con el mismo hombre desde los 17 años, a la Argentina llegó sola, a finales de los 90, nunca antes había trabajado fuera de su hogar. Varios familiares ya se encontraban en el país, y con su ayuda logro establecer un taller propio. En el 2001 su marido se le unió. Poco tiempo después las cosas dejaron de funcionar económicamente para Celestina, quien tuvo que abortar su emprendimiento por varios años. Se acercó al movimiento hace cuatro años, en un momento en que su situación económica era muy precaria. Hoy sigue cobrando un plan, ya que no trabaja en blanco, pero devuelve a la organización prácticamente la totalidad del mismo, para pagar alquiler, boletos para las marchas, etc. *“cuando me acerque, los primeros tiempos era por el plan, lo necesitaba mucho, y con la precaria no es fácil ir y conseguir por una misma. Después fui viendo como funcionaba esto: sin lucha no hay plan, sin plan no se*

vive. Y después pude ver más allá, sin lucha, lucha política, , sin eso no hay plan que dure. Y yo estoy acá para ayudar, pero también porque aprendo... ”.

Para Celestina su acercamiento a la organización no significó únicamente el acceso a un recurso, abrió también otros significados ligados a la valoración personal. En este sentido discuto con los enfoques que categorizar a las organizaciones según estas hagan eje en reivindicaciones “prácticas” o “estratégicas”. La “organización y la lucha” que implica la obtención de estos planes, los relocaliza en un plano de acción y “dignidad” que vuelve inseparables las dimensiones políticas y de subsistencia (Fernández Álvarez, 2006b; Fernández Álvarez, Manzano, 2007)

Esta idea se refuerza aún más al conocer que previamente Celestina había participado de otra organización de la zona, pero si bien cobraba un plan, no se sentía cómoda. En el TV, y luego en las reuniones de mujeres de los sábados, fue construyendo vínculos que representa como muy diferentes de los vividos en otros espacios. *“Para mi es muy extraño esto, llegue al movimiento y al principio tenía mucha desconfianza, las paisanas son las que más la alejan a una, me paso en [otra organización], tenía que hacer el pan, y no me querían decir ni cuanto, una paisana me dijo que ella hacía su pan, que no sabía que era lo que yo pensaba hacer, mala nomás. Pero resulta que acá con muchas mujeres fue diferente, hay más solidaridad, no hay tanta habladuría...”*

A partir del caso de Celestina podemos decir que el acercamiento de las personas a las organizaciones de desocupados no parece ser una “carrera abierta” al “plan”, sino que se involucran también sentimientos generados a partir de las relaciones interpersonales. Celestina no estuvo dispuesta a sentirse desvalorada por acceder a un “plan”, y luego, una nueva experiencia, hará que el mismo plan, lejos de ser tan sólo un objetivo, se construya como un vehículo para la auto-valorización, y el respeto.

En estos casos se despliegan una multiplicidad de sentimientos y sentidos asociados a los acercamientos y distanciamientos del movimiento, pero a la vez, podemos apreciar que éstos no son sólo hacia “el movimiento” sino, más bien, hacia las personas que lo conforman. En este sentido, abordar las emociones, también resulta rico para discutir con los enfoques que construyen las organizaciones como un todo, con sentido unívoco, en el cual las transformaciones son uniformes, y con el cual las personas se relacionan como con algo a priori instituido. Lejos de esto, el “local”, el “movimiento”, hasta los mismos “planes”, aparecen, en un sentido, significados por estas personas a través de los lazos interpersonales que se movilizan y las emociones que despiertan, que por cierto no anulan su potencialidad de organización colectiva. Pero también, estas emociones no se reducen a un plano psicológico individual, sino que están ancladas en universos de sentido, comunidades emotivas (Daich, Pita, Sirimarco, 2007), que construyen la experiencia desde sentidos morales. Así, podemos analizar, por ejemplo, la manera en que se construye el distanciamiento de Celina por una “ofensa” o “malestar”, como un nudo significativo que nos habla de los espacios íntimos o personales desde los cuales estas mujeres construyen su propia estima, su valor, en un contexto social más general, en el cual estas características les son negadas. Pero las emociones no sólo movilizan sentidos en relación a experiencias y posiciones sociales, o explican y organizan prácticas desde universos morales. Las emociones también pueden ser vehiculizadas para aunar sentidos y generar demandas, pueden ser politizadas, y finalmente pueden plantear un espacio común de comunicación, de interrelación, entre escenarios y posiciones en principio diversas. A continuación me propongo explorar más profundamente estos sentidos.

Sentimientos, experiencias y sentidos: la politización de las emociones

Acababan de dar “la leche” y las mujeres comenzaron a acomodarse en los bancos de adentro. Lorena y Carolina, dos de las estudiantes universitarias que concurren al local los sábados, terminaron de corregir las últimas tareas, y entraron. Afuera, Juana, otra de las estudiantes, quedó a cargo de los niños, a quienes pronto puso a jugar juegos de mesa, y a saltar la soga. Alvina, sentada sobre la mesa, siguió cebando unos mates excesivamente dulces, con salvia fresca, mientras varias mujeres charlaban y comían vainillas. Ángel, que descansaba en una silla junto a las mujeres, se retiró ni bien vio que Lorena y Carolina entraban. Ya todas estábamos sentadas, dispuestas a comenzar la reunión de Caminando Juntas. Yo conversaba con Marisa y Celina sobre su hija mayor, y su interés por estudiar letras. Se escucharon risas, mientras Alvina comentaba sobre la última discusión con la directora de la escuela.

Alvina había ido a reunirse, nuevamente, con la directora, esta vez para exigir que la docente de inglés dejara de retar a su hija por no llevar el libro, ya que aún no había podido comprarlo, por cuestiones económicas. En otras oportunidades ya había habido enfrenamientos con ella, pero esta vez Alvina se enfureció, cuando la directora explicó la importancia de tener el libro de inglés en clase, ya que *“hoy por hoy, para ser mucama en un hotel, o camarera, hay que saber inglés”*. Se paró, y nos dramatizó una escena en la cual su cara se inyectaba de furia, y mirando al vacío, dijo *“para mucama que vaya su hija, yo, las mías, van a estudiar en la universidad, no van a andar limpiando la roña de nadie, que para eso lo hago yo”*, y dio una fuerte risotada.

Entre las risas de todas, Marisa comentó que ella había tenido problemas con esa misma directora, porque no tenía dinero para pagar las excursiones escolares, y su hijo se había “sentido mal”, al quedarse solo en la escuela. Otras mujeres relataron sus buenas y malas experiencias con docentes y direcciones, hasta que Celina, hasta el momento atenta a las anécdotas, sugirió un sentido *“Yo creo que esto es una discriminación, porque una no tiene dinero, entonces a los que perjudican son los niños, y eso a una le duele, pero sobretudo por ellos”*. Todas parecieron asentir, pero Alvina agregó que a ella le parecía que la discriminación era también para ella, que la insultaban. Lorena, con un estilo de “moderadora”, quiso saber en que sentido se sentía insultada, pero Celestina le ganó de mano a Alvina, y manifestó que ella también se había sentido así muchas veces, en diferentes contextos, en los cuales se opinaba que por ser pobre, y por ser boliviana, una no podía querer progresar. Celestina dijo que a veces *“me gana la vergüenza, y sigo como si nada...cuando uno se enfrenta, la vergüenza ya no pesa tanto, por ahí siento bronca, pero también fuerza...es como un orgullo que me corre todita...me hago respetar, y con eso mis hijos también son los que van a ser respetados”*. Celina agregó que *“si una se deja ser pisoteada, no se queja, no reclama, luego la siguen pisoteando a una...y acabamos por pensar que pues, esta bien que me pisoteen, nomás”*

Más que los casos expresados, la cara emotiva que los caracterizó, permitió que se relacionaran a casos diversos, surgiendo otras anécdotas en las cuales estas mujeres se habían sentido agraviadas, no respetadas, humilladas, y también la capacidad de acción, ofensiva, que algunas habían tenido en distintas circunstancias. Estas experiencias, cargadas de emotividad, comenzaban a construirse desde la categoría de discriminación, apuntándose esta como uno de los ejes en los que estas mujeres decidieron que trabajarían. De esta reunión surgieron dos iniciativas, comenzar a charlar con las “mamás” a la salida de la escuela, para relevar otros posibles casos de “discriminación”, y contactar especialistas para realizar, en el barrio, una charla sobre discriminación en las escuelas.

Pero en otras reuniones, este sentido de la “discriminación” y la “humillación” se reforzó con otras tantas anécdotas, que aludían a características que se les adjudicaban por ser bolivianas, en la cual la frase *“no todas somos iguales”* resonaba insistentemente. Carolina intervino para

explicar la categoría “estereotipo”, y sugirió pensar la discriminación en relación a esta. Varias veces se había comentado sobre la *“desconfianza entre paisanas”*. Frases como *“Las paisanas, esas son las peores”* o *“las paisanas son las que más la alejan a una”* resonaban con insistencia, y, sin embargo, allí me encuentro yo, cada sábado, entre “paisanas” que no sólo comparten lazos de amistad, vecindad o parentesco, sino que cada sábado compartían experiencias íntimas, cargadas de afecto, que, opino, no se pueden compartir con alguien hacia quien se siente desconfianza. En una ocasión fue Celestina la que llamó la atención sobre esta situación *“bueno, pero yo pienso, si antes desconfiaba cuando veía varias paisanas juntas, y no quería ni acercarme por vergüenza y miedo, hasta que las conocí a ustedes, por ahí a ellas les pasa algo parecido. Por ahí la distancia y la desconfianza es porque piensan que nosotras vamos a andar de chisme sobre ellas. Es como que todas seguimos pensando que la otra quiere aprovecharse...yo creo que si otras mujeres pudieran participar de un espacio como este la cosa cambia”*.

Pero además, estas mujeres que decían sentir desconfianza de otras bolivianas, constantemente acercan a estas al espacio, como vimos anteriormente. En este sentido, me parece interesante abordar este sentimiento de supuesta desconfianza, y de distanciamiento, como una resistencia a ser homologadas a estereotipos ajenos, que construyen en ser boliviana de manera peyorativa (González Martín, 2008). En este sentido podemos analizarlos como sentimientos que aluden a una auto-preservación o valoración, si tenemos en cuenta que la frase “no todas somos iguales” siempre estuvo acompañada de contextos que buscaban distanciarse de esos estereotipos *“no todas somos sucias”*; *“no todas somos interesadas”*; *“no todas faltamos al trabajo porque nos emborrachamos”*; *“no todas somos ignorantes”*..

Pero los sentimientos involucrados en las anécdotas que estas mujeres desplegaron no se reducen únicamente a esta construcción de una noción de discriminación. También encontramos sentidos asociados a la maternidad, y finalmente al auto-respeto, una imagen de mujer fuerte, etc. Desde estas construcciones cargadas de emotividad, de significados diversos y re-interpretables, se construyen los espacios de interacción que vinculan a estas mujeres, y las movilizan a acciones comunes.

Una de estas “acciones comunes” puede ser el proceso de movilización en torno al CESAC de Charrua. Desde el comienzo de las reuniones de “Caminando Juntas” se discutieron temas de interés vinculados al “bienestar” de los niños y las mujeres de la zona. La “violencia”, “las drogas”, la salud, y los cuidados sexuales vienen siendo los temas fundamentales. En estas discusiones se desplegaron perspectivas diferentes, la violencia se puso en contexto, se encarnó en experiencias particulares, para luego reconstruirse como un problema estructural, asociado a la pobreza, la exclusión, y los medios de comunicación. Se lo asoció también a la discriminación, y a diferentes maltratos o problemas con las instituciones educativas (como expongo más arriba), y en la atención de los centros de salud y los hospitales. Cuando se conversó acerca de la posibilidad de organizarse y tener iniciativas en torno a estos temas, lo primero que surgió fue la situación del CESAC de Charrua.

Para varias de las mujeres que participan de las reuniones de los sábados, “las doctoras” del CESAC son una referencia importante. Estas profesionales (salvo el psicólogo, todas son mujeres, incluyendo las administrativas) han establecido lazos personales con ellas, durante largos años, han atendido a sus hijos, a quienes conocen por su nombre, las han atendido a ellas, las han escuchado, les han suministrado leche aún sin cumplir con las formalidades correspondientes...estas profesionales son descritas con una carga emotiva que va desde el agradecimiento y el afecto al respeto. Así, varias mujeres estuvieron de acuerdo con encarar reuniones para organizarse y lograr la edificación de más consultorios, Alvina dijo que ella creía que *“la actividad que tendríamos que proponerle la salita es la de hacer una reunión,*

en la plaza, un sábado –que hay feria- y contar sobre los problemas de funcionamiento...la falta de espacio...el psicólogo que te atiende en la calle, la trabajadora social en donde dan inyecciones...las médicas que tiene que turnarse, yo pienso que es muy incomodo para ellas, y para nosotras...sobre esto tendríamos que hablar, para luchar para una salita bien linda, para nuestros hijos...las mamás lo que más queremos es una salita hermosa...”. Pero mientras estas mujeres discutían como tomar iniciativas en torno a la salita, las y los profesionales también discutían esto mismo, lo cual desencadenó en el actual proceso de movilización en torno a la edificación del CESAC N 32.

Barrio Charrua cuenta con un CESAC, el N° 32, dependiente del hospital Penna. Hace aproximadamente unos 20 años los propietarios del barrio construyeron una sala, con algunos consultorios, con la idea de que allí funcionará una “sala de atención primaria”. Se presentaron proyectos municipales, nacionales, pero no hubo respuesta. Hace 18 años la “Asociación vecinal de fomento” contrató a una médica recién recibida para que atendiera a los residentes. Unos años después se logró que se instalara allí un CESAC. La edificación presentaba algunos problemas, sumado al hecho de que la población de barrios aledaños prefería la atención de ese CESAC sobre otros, creciendo la demanda. En los 90 parte de la edificación se demolió, para construir más y mejores consultorios, pero la obra sigue sin avanzar hasta el día de hoy. El CESAC funciona sólo con dos consultorios, lo cual hace que las y los profesionales deban turnarse para atender pacientes, llegando al extremo de que el psicólogo atiende en el patio de la salita, donde se acumulan todas las personas que ya no entran en la “sala de espera”, una diminuta salita de dos metros por uno y medio, aproximadamente.

En los últimos tiempos la directora del CESAC, la misma médica que hace casi dos décadas empezó a atender a los habitantes de Charrua, acudió a diversos legisladores que presentaron el proyecto para la reconstrucción. Hasta este año la construcción no avanzaba porque existía un proyecto de abrir la calle “Charrua”, este año el proyecto cuenta con las firmas de la comisión de salud de la legislatura porteña, pero aún no hay novedades. Las y los profesionales del CESAC decidieron, entonces, comenzar a convocar a las personas que lo frecuentan para discutir estrategias posibles. En mayo comenzaron las asambleas de la “salita”. Los jueves, a las dos de la tarde, varias mujeres de Charrua, pero en igual medida de la villa 1-11-14, a veces con sus hijos más pequeños, comenzaron a reunirse en la puerta del CESAC junto a las y los profesionales y administrativas. Los varones que participaron de las mismas fueron dos o tres por reunión, y en todos los casos lo hicieron en calidad de “vecino antiguo”, presidente de la asociación vecinal, ex o actuales miembros de la junta de esta misma asociación, etc. En otras palabras, los varones que se acercaron no lo hicieron como simples pacientes del CESAC (como en el caso de las mujeres), sino aludiendo una suerte de representación barrial. Y el 23 de junio, se realizó un corte de calle en reclamo.

En la reunión de “Caminando Juntas” siguiente a la primer reunión del CESAC, Alvina narró lo vivido para las mujeres que no habían estado, haciendo especial hincapié en una situación particular. A la reunión había llegado tarde un señor que ella no conocía, y que cuando comenzaron a hablar de la posibilidad de realizar un “piquete” en la Av. Cruz, interrumpió a la oradora diciendo que el ya había presentado “papeles”, hablado con “gente”, y que si querían que el proyecto avanzara no había que tomar medidas “violentas”. Alvina dice haber pedido la palabra (aunque en realidad interrumpió enérgicamente, como suele hacer cuando algo la indigna o desespera) para decir ⁹“*acá las cosas se pidieron bien, pero no pasó nada*”, ahora

⁹ La reconstrucción de este episodio articula los hechos ocurridos en la asamblea del CESAC con la reunión de caminando juntas tres días después, pero las transcripciones literales son una versión de las mismas expuesta por Alvina, en esta segunda reunión, ya que, si bien participe de la asamblea, no grabé lo acontecido.

tenían que decidir como hacerse escuchar, aunque no quisieran escucharlas. *“las mamás del barrio somos pobres, no tenemos muchos, así, contactos...pero tenemos nuestro cuerpo, nuestra voz, y queremos una salita digna para nuestros hijos, nos vamos a hacer escuchar en las calles”*. El hombre la interrumpió con un *“jovencita, ¿usted no sabe quien soy yo?”* Al que Alvina respondió: *“Sí, un boliviano de mierda, como yo”*. Varias mujeres se rieron, la directora de la salita intentó disimular la carcajada, pero la suerte estaba echada, el desconocido para Alvina, aunque para todas las otras personas presentes el presidente de la asociación vecinal, se retiró ofendido, diciendo que lo agraviaban y lo insultaban. Este fue el episodio que se uso como justificación de las subsiguientes ausencias de la junta de la asociación vecinal en las asambleas y medidas de lucha del CESAC, en el barrio se corrieron rumores *“la gente de la salita hace todo esto contra la comisión¹⁰”* y *“la comisión no quiere que se construya porque ya arreglo con alguien de arriba, y es mucha plata”*.

Durante la anécdota Sefe no pudo dejar de reírse, como lo había hecho el mismo día de la reunión en el CESAC. Algunas mujeres le dijeron a Alvina que estaba mal lo que había dicho, otras parecieron estar de acuerdo con ella y no dejaban de reírse, lo que resulta innegable es que Alvina provocó a todo el auditorio, obligándolo a posicionarse. Ella quiso explicar porque esto no se trataba de una discriminación *“si te estoy diciendo, como yo, entonces no te discrimino, digo la verdad, así nos ven, ¿no?... ¿O qué? ¿El señor ese no es boliviano?... ¿Qué tiene que andar diciendo que si se quien es? ¿sabe él quien soy yo?”*. Me interesa recuperar estas frases de Alvina, creo que abre muchos sentidos, uno de ellos, esta claro, es el de diluir jerarquías, posicionar a nivel del colectivo a alguien que se posicionó por encima del mismo, y en particular, por encima de ella, deslegitimando su propuesta. Pero en simultaneo, frente a situaciones en que se busca marcar diferencias con otras y otros inmigrantes, en este caso *“boliviano de mierda, como yo”* viene a construir un colectivo de pertenencia coyuntural, y no cualquier colectivo, el calificativo de mierda, como lo pronunciara Alvina en esa ocasión, y otras tantas en que utilizó la frase, ubica a ese colectivo en una determinada posición en el sistema social, que, por lo mismo, legitima su razonamiento. Finalmente, esta frase también puede estar hablándonos de una reapropiación de una categoría estigmatizante, como forma de cambiar su sentido (Butler, 1997), volviéndola una construcción desde la cual demandar o auto-afirmarse.

En las siguientes reuniones de caminando juntas, y en las asambleas del TV, se discutió la situación del CESAC. Algunos de los participantes de la asamblea no estuvieron de acuerdo, según Ángel, Alvina y Sefe, los más cercanos a la *“comisión”*. Celina y Alvina fueron las que más enojo mostraron, y por lo bajo vociferaban, *“claro, son hombres, ellos nunca llevaron a los nenes a la salita”*, *“este porque esta con el [presidente de la asociación]”*. Alvina, con el apoyo de otras mujeres presentes, interrumpió al orador que se manifestaba en contra del piquete en la Av. Cruz *“O se esta con la salita, o se esta con [el presidente de la asociación]. Si no estas con la salita, acá nosotras no te queremos. Esto ni siquiera es político, ¿me entendés? Esto es por nuestro barrio, es por nuestros hijos, las mamás lo único que queremos es una salita hermosa, de la cual estar orgullosas...los nenes los atienden en la misma camilla que a los adultos, que sabemos que puede tener cualquiera...vamos a luchar por la salita, ¿estas con nosotras?”*

Alvina es la vocera, pero esto es lo que charlan las mujeres del movimiento, y en especial las que participan de las reuniones de los sábados. Alvina pone en palabras estas emociones que tiene que ver con la maternidad, más exactamente con el *“cuidado”* como dimensión ligada a

¹⁰ La gente que participa de la junta de la asociación vecinal del barrio general San Martín, o que los apoya políticamente, es conocida en Charrua como la gente de la *“comisión”*.

las mujeres, y las vincula con la fortaleza con la que también se asocian, una lucha que no puede “ensuciarse” de carga política, porque esta desarrollada por madres, que protegen a su prole con uñas y dientes. Este enunciado que parece encerrar una carga altamente esencialista en torno a la mujer, no debe descontextualizarse, en otras ocasiones he escuchado a estas mismas mujeres discutir sobre Romina Tejerina, hacerse carne de su situación, sin juzgarla. En otras ocasiones hemos charlado sobre el aborto, y varias opinan que debería estar despenalizado, también discuten la necesidad de que la mujer trabaje para ampliar su mundo social, independizarse del marido, etc. Sin embargo, en momentos como este, sentidos tan cargados de afecto como las nociones de maternidad y cuidado, aparecen como formulaciones eficaces, indiscutibles, que movilizan emociones, acercando sentidos, y unificando acciones. De más esta decir que la asamblea voto participar del piquete convocado por las reuniones del CESAC. Esta presentación “esencialista” debe relacionarse a la probada eficacia que las mujeres de sectores populares encuentran a menudo en las demandas encaradas en tanto “madres”, eficacia que no se traduce ni necesaria, ni únicamente, en la satisfacción de esta, pero si siempre en un asentimiento social generalizado, el cual las incluye a ellas mismas. Ahora bien, esta forma de presentar una demanda puede ser eficaz, práctica, pero no por ello no puede, simultáneamente, desplegar otros sentidos más estratégicos, o “políticos”. Como vimos en el apartado anterior, estos sentidos no son contrapuestos, así, en este caso, presentarse como madres “cuidadoras” logra eficacia en la demanda, y, si bien en un sentido refuerza una construcción tradicional de la mujer, en simultaneo coloca a mujeres de carne y hueso en la escena política, mujeres que encaran estrategias, desarrollan prácticas de organización y movilización, construyen y demandan derechos propios. En síntesis, precisamente por ser o pensarse madres, legitiman su presencia en el mismo escenario político que en tanto mujeres le es negado, y pasan a concebirse como ciudadanas de derechos, y como agentes con capacidad política transformadora.

Finalmente, el proceso en torno al CESAC abre otra posibilidad para reflexionar. Durante la preparación del “piquete” y durante el mismo, Alvina tuvo un protagonismo indiscutido. Convocó casa por casa, el sábado previo repartiendo volantes en la feria del barrio, discutiendo con los vecinos en cada comercio, en la puerta de la escuela, preparando las pancartas para el piquete, gestionando el sonido con la dirigente del TV, y siendo propuesta por la directora del CESAC, y avalada por la asamblea, como la “vocera” frente a posibles medios. Sin embargo ella, constantemente, se define como una persona “explosiva”; “emocional”, “bruta”; “terca”; etc. Mientras discute y convence a un auditorio, se excusa incansablemente por “no expresarse bien”, y se define como una mujer de acciones más que de palabras *“capaz, yo no logro expresarme muy bien, pero estar estoy, mi cuerpo esta acá, terca pero fuerte, las palabras se las dejo a ustedes [las jóvenes estudiantes], yo, todo lo que puedo, lo que tengo, es esto que soy, esto que ven... y si yo siento que algo esta bien, ahí estoy, y no van a poder moverme...”* (Alvina, registro de caminando juntas, junio de 2008, discusión sobre el CESAC 32). A diferencia de la capacidad de disertación política, la corporalidad y los sentimientos aparecen en Alvina como un saber y un recurso del que si puede disponer. Esto no niega la capacidad reflexiva oral que esta mujer tiene, sino que despliega una elección, presentarse como una persona más emocional que reflexiva, más activa que verbal, lo cual, por un lado la coloca en un espacio socialmente legitimado para las personas de sectores populares, por otro la vuelve “cercana” para las otras mujeres de una posición económico social semejante, y finalmente, en torno al conflicto del CESAC, la coloca en una dimensión en la que no compete con las y los otras/os referentes (las profesionales, los varones vinculados a la asociación vecinal, y otros con trayectoria en el barrio), cuyos recursos de legitimación aparecen más asociados al manejo de la oralidad, y el conocimiento de

circuitos burocráticos, normas institucionales, vinculaciones, etc. Esta presentación de sí misma, puede significarse como una elección estratégica, en la cual Alvina, no es limitada por las clasificaciones que se hacen de las mujeres de su posición, sino que las re-significa, posesionándose con un saber propio que la vuelve valiosa.

Para seguir pensando

En estas breves páginas apenas he comenzado a esbozar algunas ideas, algunas maneras en que las emociones de estas mujeres aparecen imbricadas en su práctica a nivel de una organización política. Quizás los ejemplos recortados no sean los mejores, se me ocurrieron otros tantos en donde los sentimientos y los afectos aparecían más “densamente”. Sin embargo, por esa misma razón, también se me dificultaba ensayar un análisis de los mismos. En parte, por las emociones que me generan también a mí, pero principalmente por la dificultad que nos atraviesa a todas y todos, y sobretodo a las los pretendidos científicas/os, a la hora de encarar una perspectiva que no separe la emoción de la racionalidad.

Es posible que este trabajo presente, en parte, este mismo problema. A veces en algunos casos la dimensión afectiva puede estar sobredimensionada, y algo disgregada de “lo cognoscible”; mientras que en otros casos, estos afectos aparecen como herramientas manipulables, desde las cuales la razón traza estrategias. Sin embargo, los ensayos son sólo eso, un comienzo, una manera de evidenciar los errores, o la menos aquello que no encaja del todo, para proponer nuevas maneras y sentidos. En todo caso me parece que ambos sentidos son válidos, debemos explorar aquellos aspectos de las emociones que vinculan a las personas a posiciones, y a sentidos construidos a partir de las experiencias históricas y sociales. Pero también, pensando esas mismas experiencias histórica y dinámicamente, se abren nuevos sentidos, se re-actualizan trayectorias, que permiten que abordemos la agencia.

Finalmente, existe un tercer sentido, que aún no he podido abordar con profundidad, pero que comienzo a percibir en la dinámica del campo. Las emociones como escenario de lo *Inter*. Como un espacio que por un lado permite discutir oposiciones dicotómicas, sentidos unívocos, pero también como un espacio desde el cual se generan intercambios entre “comunidades emotivas” diversas, lo cual puede inclusive ayudar a poner en tensión esta categoría.

Sin embargo, al comenzar a trabajar con emociones, debemos cuidarnos de no desplegar la diversidad, la ambigüedad, la heterogeneidad, la multiplicidad, al punto de olvidarnos el propio objetivo, o de marearnos y tirar por la borda todas las categorías (muchas probadamente provechosas) ya existentes en el campo de los estudios de lo político. La intención es la recuperar una perspectiva holística, integracionista, que escinda arbitrariamente lo que en la vida cotidiana es un continuo, y no la de reforzar las dicotomías del análisis, cambiado sólo el polo, de la racionalidad, a la emoción.

Quizás la dificultad en situar las emociones a nivel de los estudios académicos sobre “lo político” no sea más que una extensión, una supervivencia, de aquella misma dificultad para articular en éstos, el nivel de la vida cotidiana. O, en otras palabras, la difícil ruptura con el marco epistémico kantiano que aún hoy, nos conduce a un trabajo de disociación, que divide nuestro mundo en dimensiones opuestas: pública, política, racional, masculina, objetiva, versus privada, doméstica, emocional, femenina, subjetiva. La misma construcción que vincula la política, casi mecánicamente, a una “esencia” localizada más allá de los sujetos concretos, y sus prácticas cotidianas; la que nos lleva a analizar las organizaciones como “entidades concretas”, y a las prácticas vinculadas a estas como formulas inmanentes, más allá de a historia, los contextos, y las personas. Pero, recuperar la dimensión emocional, al menos en mi caso, tiene menos que ver con proponer formulaciones filosóficas que recuperen la fenomenología y otras tradiciones, para superar la hegemonía kantiana, que con una intención

científica y políticamente comprometida, por recuperar el poder acción, reflexión y organización de los sectores subalternos. Sectores que, histórica y epistemicamente separados de la esfera de la “racionalidad”, y vinculados a la de “las emociones” y la “corporalidad”, también moldean estratégicamente éstas, las ponen en juego, movilizándolo dentro de los límites impuestos, sus propios recursos, y por esta vía, redefiniendo su potencialidad transformadora, y su legitimidad.

Bibliografía

- Abeles. (1997) La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos . Revista Internacional de Cs. Sociales N° 153
- Butler Judith (1993) “*Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*” Paidós Argentina 2002
- Calhoun, C. (2001) “Putting Emotions in their place” En: *Passionate Politics. Emotion and Social Movements*. Goodwin, Jasper, Poletta, editores. Chicago. The University of Chicago Press.
- Collins (2001) “Social Movements and the focus of emotional attention.” En: *Passionate Politics. Emotion and Social Movements*. Goodwin, Jasper, Poletta, editores. Chicago. The University of Chicago Press.
- Comaroff, J. and J. (1991) *Of Revelation and Revolution, vol 1: Christianity, colonialism, and consciousness in South Africa*: Chicago: University of Chicago Press.
- Crompton R. (1993) “Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales”. Madrid: Tecnos.
- Daich, D; Pita, M; Sirimarco, M. (2007) Configuración de territorios de violencia y control policial: corporalidades, emociones y relaciones sociales. En *Cuadernos de Antropología Social N 25*.
- Fassin, D. (2003) “Gobernar por los cuerpos. Políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia” en *Cuadernos de Antropología Social*, 17, Buenos Aires.
- Fernández Álvarez (2006), *De la supervivencia a la dignidad. Una etnografía de los procesos de “recuperación” de fábricas en la Ciudad de Buenos Aires*. Tesis Doctoral (UBA-EHESS)
- (2006b) “En defensa de la fuente de trabajo. Demandas y prácticas de movilización en una empresa recuperada de Buenos Aires”. En *Revista AVA* N° 11. (en prensa).
- Y Manzano (2007) “Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina. *Política y Cultura*. N° 27, México. pp. 143-166.
- Grimberg, M., V. Manzano y M. I. Fernández Álvarez (2003) “Modalidades de acción política, formación de actores y procesos de construcción identitaria: un enfoque antropológico en piqueteros y fábricas recuperadas”. Trabajo presentado en el *Congreso Internacional América Latina: identidad, integración y globalización*. Córdoba.
- Goodwin, J. Jasper, J. M. y Poletta, F. (2001). *Passionate politics. Emotions and social movements*. Chicago, The University of Chicago Press.
- González Martín (2006) “La participación política de las mujeres desocupadas”. En *Actas del VIII Congreso Argentino de Antropología Social*, Salta, UNAS
- (2007) “Un análisis etnográfico sobre las trayectorias colectivas en la obtención de recursos estatales, y sus resignificaciones. Análisis de un caso: el proyecto por nosotros en barrio Charrúa”. *Actas de la Reunión de Antropología del MERCOSUR (RAM), Universidad Federal de Rio Grande Do Sul*.
- (2008) “Mujeres, Migrantes, Militantes: una reflexión des-esencialista sobre los procesos de identificación entre mujeres bolivianas que participan de una organización política de

izquierda". Ponencia presentada en las Jornadas "Buenos Aires boliviana", Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Jimeno Santoyo (2001) *Crimen Pasional, Contribución a una antropología de las emociones*. Sede, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Lamas, Marta (1996): "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género". En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. Comp. Marta Lamas. Mexico, UNAM.

Lutz, y White, (1986) "The Anthropology of Emotions", en *Annual Review of Anthropology*, 15: 405-36.

McAdam, Doug, McCarthy, John D. y Zald, Mayer N (1996) *Comparative perspectives on social movements: Political opportunities, mobilizing structures and cultural framings*, Cambridge/New York: Cambridge University Press.

Manzano, V.: (2004) "Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetera". En *Intersecciones en Antropología*, n. 5. Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA

(2005) "Desempleo, 'piquetes' y acción estatal en Argentina: Análisis antropológico de la configuración de un campo de relaciones sociales y políticas" En *Anales de VI RAM* (digital).

Nash, J. (1979) *We eat the mines and the mines eat us. Dependency and exploitation in Bolivian tin mines*. New York, Columbia University Press.

Olson, M. (1965) *The logic of collective action*, HUP, Cambridge Mass.

Pires do Rio Caldeira, T. (1989). "Antropología y poder. Una reseña de etnografías americanas recientes", *BIB* 17: 3-50.

Quirós, J. (2006) *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia, Buenos Aires

Reddy (1999) "Emotional Liberty: Politics and History and the Anthropology of Emotions", *Cultural Anthropology*, 14 (2): 256-288

Rosaldo, Michelle (1984) "Toward an Anthropology of Self and Feeling". En: *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion*. Cambridge University Press, Cambridge.

Sapiro, Virginia (2003) Gender, social capital and politics. www.polisci.wisc.edu

Scheper-Hughes, N., y Lock, M. (1987) "The Mindful Body: A Prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology", *Medical Anthropology* (New Series), n. 1

Satriano, C. (2006). "Pobreza, Políticas Públicas y Políticas Sociales". En *Revista Mad* 15: 60-73

Stephen (2005) Gender, Citizenship, and the politics of identity. En: *Social Movements an Anthropological reader*. June Nash editora. Oxford. Blackwell.

Touraine (1995) « De la antigua a la nueva sociología del trabajo » En *Sociología del Trabajo*, nueva época, numero 35

Vincent, J. (2002) *The Anthropology of Politics. A reader in ethnography, theory, and critique*. Massachusetts, Blackwell Publishers.

Yanagisako, s. Y collier, j. (1994): "gender and kinship: toward an unified analysis". En *borofsky, assessing cultural anthropology*, mcgraw hill. Stanford, stanford university.